

3. *Jean Bernabé, Patrick Chamoiseau y Raphaël Confiant* (2013). ***Elogio de la creolidad***. Traducción: Adalbert Salas Hernández. Caracas, bid &co. Embajada de Francia en Venezuela.

Aura Marina Boadas  
Universidad Central de Venezuela

La publicación de un libro siempre debe ser motivo de celebración, más aun cuando se trata de una traducción. La razón de esta consideración particular es que una traducción nos abre el camino hacia otras realidades y culturas, muchas veces desconocidas para nosotros en Venezuela, a las que no tendríamos acceso sin esa mediación.

En *Elogio de la creolidad*, Jean Bernabé, Patrick Chamoiseau y Raphael Confiant, los autores, en compañía de Adalber Salas Hernández, el traductor que asumió el reto de establecer nuevos puentes para lectores de otras latitudes, nos presentan una realidad cultural específica que ellos califican como *creole*. Y, cabría inquirir si esta obra nos confronta con un contexto muy lejano al nuestro. Desde el punto de vista lingüístico tal vez sí, pues la primera edición del libro circuló en formato bilingüe francés-inglés y esta ha sido la única edición disponible durante muchos años\*; sin embargo, desde el punto de vista de los contextos y las realidades aludidas en *Elogio de la creolidad*, estamos ante una obra que tiene que ver con nosotros, y mucho, pues proviene de la región del Caribe, particularmente de unos territorios con los que nuestro país tiene fronteras marítimas establecidas, y con los que comparte una notable cercanía no sólo histórica sino geográfica, ya que son menos los kilómetros que separan a un caraqueño de Martinica que de cualquier población del estado Táchira (Venezuela).

Así, inicialmente podemos reconocer la labor de la editorial Bid&co (Caracas) que, con el auspicio de la embajada de Francia, pone en circulación el *Elogio de la creolidad*, una obra que constituye

---

\* Recientemente ha sido editada una edición colombiana del libro.

un importante aporte para el conocimiento y comprensión de las particularidades del Caribe, lo que no debería resultar ajeno para quienes habitan en los distintos territorios insulares y continentales de esa región.

Los autores son tres reconocidos escritores de la isla de Martinica, nacidos entre las décadas del 40 y el 50. Jean Bernabé (1942) es lingüista, narrador y, más aún, un defensor de la lengua creole, la cual ha promovido en muy diversos espacios de difusión, investigación y, especialmente, en la docencia, donde ha participado en la inclusión y desarrollo de esos estudios a nivel universitario. Patrick Chamoiseau (1953) es un trabajador social y un narrador, que muestra en sus obras los oficios y prácticas que ya poco se encuentran en Martinica. Sus novelas han recibido premios en distintas latitudes. Y Raphaël Confiant (1951), un activista social y un narrador, con una obra que supera cualquier previsión, no sólo por su profusión —al menos una obra publicada anualmente desde 1985— sino por su alcance, mediante la exploración de los más recónditos espacios de la cultura creole (algunas de sus novelas exploran los vínculos de las islas con China e India). Escribe en francés y en creole por lo que muchas de las obras editadas en Francia son traducciones de esa lengua antillana. Tres propulsores de la cultura creole que en 1989, hace un cuarto de siglo, suscribieron un texto-manifiesto que aquí tenemos hoy: *Elogio de la creolidad*.

La obra inicia con una declaración de principio: “Ni europeos, ni africanos, ni asiáticos, nos proclamamos creoles” (p.9). Esa diversidad de posibilidades, susceptibles de proporcionar las claves del origen, sustenta la reflexión sobre la identidad que se realiza en este libro, para cuyo desarrollo los autores optaron por la imagen de la *mirada*. Así, desde dónde se mira, será la clave para entender cada uno de los momentos que constituye la construcción de la identidad creole.

En *Elogio de la creolidad* se despliega un recorrido por la historia literaria de las Antillas en las cuales el francés es lengua oficial. Se recuerda el tiempo de los cronistas, quienes escribieron sus textos de viaje desde el modelaje ofrecido por los mitos que habían alimentado su formación y sus imaginarios. También se toman datos de la historiografía literaria caribeña, que da cuenta de

cómo en el siglo XIX, las obras aspiraban a hacer una suerte de calco de las tendencias que se desarrollaban en Europa (romanticismo, parnasianismo...). Esa *mirada "mimetizante"*, que privilegiaba la realización de copias de los modelos europeos, se transformó en una *mirada exotizante* en las obras regionalistas que mostraban el terruño, que si bien reparaba en aspectos de la realidad de las islas, lo hacía desde una perspectiva lejana.

No obstante, se evidencia un avance pues, al comenzar a tomarse en cuenta lo local, se introdujeron en las obras elementos que marcaban cierto distanciamiento respecto de los modelos europeos. Surgió entonces otra mirada y, por ende, la aparición de una nueva perspectiva. Transcurrían los años treinta del siglo pasado cuando emergió uno de los movimientos de mayor impacto, reconocimiento y polémica en la reflexión sobre la identidad caribeña: la negritud. Con Aimé Césaire, como figura de referencia, la negritud *comenzó a mirar* hacia África y se ocupó de identificar y valorar los aportes de ese continente en la constitución de las sociedades antillanas. En *Elogio*, se caracteriza ampliamente la negritud, en cuanto a sus aspiraciones y sus formas de expresión, al tiempo que se exponen diversos aspectos que los estudiosos han cuestionado como la poca atención brindada por la negritud a la lengua creole y su cercanía con el surrealismo. Para los propulsores de la creolidad esas críticas son lecturas parciales de una de las tendencias fundadoras de la reflexión sobre las identidades en el Caribe. Para ellos, Aimé Césaire no puede ser considerado un "anti-creole", en todo caso sería un pre o un "ante-creole" que cambió el foco de atención de Europa hacia África. Si bien el punto de referencia para caracterizar la región seguía estando afuera, al haberse desplazado de Europa a África, el referente de la Trata de esclavos establece un nexo entre África y América.

La relación entre ambos continentes propició en la segunda mitad del siglo XX *una mirada alternativa*, que buscaba "asir esta civilización antillana en el espacio americano" (p.22); esto es lo que se ha dado en llamar la antillanidad. El martiniqueño Édouard Glissant impulsa esa visión interior, que es también la de Franketienne en Haití. La pauta era desarrollar una mirada propia y para ello se requería dejar de tomar prestadas referencias externas para verse a

sí mismos. Una mirada propia es una mirada despojada de prejuicios e imposiciones; es, como se dice en *Elogio*: “Una mirada de infancia, cuestionadora de todo, que aún no se detiene en postulados y que hasta interroga las evidencias” (p.24).

Luego del cambio de foco hacia una *mirada intrarregional*, la gente de la creolidad insiste en que no sólo puede cambiarse el espacio, también hay que reconocer la diversidad y las contradicciones que derivan del contacto entre distintas culturas en un espacio particular. Al abordar este asunto, el propio libro (*Elogio*) da el giro que propone en sus páginas, pues la negación expresada en la exposición de motivos inicial (p.9), a la que ya aludimos, es sustituida por la siguiente afirmación: “Somos a la vez Europa, África, alimentados de aportes asiáticos, levantinos, indios, y también sostenemos supervivencias de la América precolombina.” (p.28). La creolidad parte así de una *mirada abarcadora* que debe asumir, en el lugar donde se vive, esa complejidad constituida por una herencia muy diversa (europeos, africanos y asiáticos). Una complejidad que va desde lo más evidente, como el fenotipo y el lenguaje, hasta asuntos como las prácticas de fe, las costumbres, las concepciones del tiempo y del espacio, en suma, la manera de ser.

Los autores del texto exhortan a romper con las seguridades heredadas y, para ello, proponen aniquilar la universalidad, el monolingüismo y la pureza, pues son concepciones negadoras de la diversidad y, en consecuencia, de la creolidad.

Para “reinventarse la vida”, expresión que tomamos del libro, hay varias rutas que pueden seguirse en otros términos hay que desarrollar una “cierta manera” (como diría Benítez Rojo) de mirarnos: la primera es leer el mundo desde la oralidad, pues esta “encubre un sistema de contra-valores, una contra-cultura, da testimonio del genio ordinario aplicado a la resistencia dedicada a la supervivencia” (p.36). Con este reconocimiento de la oralidad, el creole rompe con el paradigma de la supremacía de los códigos escritos para la producción literaria.

Otro de los ejes de búsqueda apunta a la recuperación y activación de la memoria. El tener una voz y una mirada propias

devela otras historias, distintas a las de la colonización y la casa de hacienda, como son las de las revueltas, las resistencias, los desvelos, las añoranzas. Podemos leer en *Elogio*: “Nuestra crónica está debajo de las fechas, de los hechos registrados: somos palabras bajo la escritura” (p. 42 y 43).

Al asumir la historia desde la cotidianidad, surge también la temática de la existencia como una vía de acceso para la apropiación de la condición creole, sin mediaciones. La literatura es una vía privilegiada para ese reconocimiento de lo que se es, y de cuáles son las pulsiones heredadas que aún persisten y constituyen a cada individuo de una forma particular.

La creolidad existe en la medida en que se arraiga en lo local y trasciende fronteras para irrumpir en la modernidad. Por ello, así como se está a la escucha de la realidad cotidiana, los escritores tienen que “participar en la efervescencia desde la modernidad literaria que acciona el mundo” (49).

Elegir la palabra adecuada es otro de los gestos que debe efectuarse; se trata de un ejercicio de libertad que involucra a cada hablante y a cada escritor, cuando llega el momento de decidir cómo expresarse. ¿Cuál lengua debe privilegiarse? Pues será aquella que permita expresar lo que se quiere decir, la lengua que traduzca el yo profundo de cada individuo.

Constatamos que las rutas propuestas, más que amplios caminos, son unas trochas por las que el andante debe ir contra el viento, bajo la lluvia, y seguramente se quedará más de una vez a la intemperie. Un estar al descampado que hoy en día ya no sólo se da en el Caribe, pues al presente el mundo-todo está a expensas de esas situaciones de confrontación, de búsqueda de un destino y de un espacio propios. Por ello nuestros autores afirman “El mundo ya se encuentra en estado de creolidad” (p.62). Esta resulta, entonces, un buen ejemplo de cómo convivir con la diversidad, es una muestra de cómo propiciar la relación y la convivencia en un marco de diferencias.

Para finalizar, es importante mencionar una particularidad de la creolidad como es el hecho de que esta contiene distintas fraternidades. Por una parte, hay una solidaridad antillana, geopolítica, cuando

reconoce su filiación con todos los pueblos de la región caribeña, a pesar de las diferencias culturales que puedan existir. Y, por otra parte, existe una solidaridad creole con todos los pueblos africanos y asiáticos que presentan características antropológicas comunes. En proyección, nosotros podemos reconocer en nuestro quehacer grandes afinidades históricas y antropológicas con otros países de América Latina e, incluso, con minorías hispanas en otras regiones del mundo. En contrapartida, estimamos que en Venezuela no podemos hablar de una estrecha relación con todos los territorios que, como el nuestro, son bañados por las aguas del mar Caribe. Haciendo una concesión, tal vez podríamos afirmar que hemos comenzado a hacerlo a través de la música, pero ¿qué hay de su literatura? ¿cuántos autores de Guadalupe, Jamaica, Curazao, e incluso, de República Dominicana conocemos, más allá de los que han obtenido algún reconocimiento internacional como Walcott y Naipaul?

*Elogio a la creolidad* es una invitación a conocer cómo el encuentro y la confrontación entre grupos humanos muy disímiles en un espacio dado pueden dar origen a nuevas culturas, a culturas creoles. Asimismo, en tanto lectores, podemos asumir como propias las rutas que demarcan Bernabé, Chamoiseau y Confiant y preguntarnos sobre nuestra propia mirada sobre la realidad, sobre la creación y sobre nosotros mismos.

Caracas / Bogotá, agosto 2014.